hechos son bien conocidos de todos, y así no me detendré en enumerarlos. La España á principios del presente siglo se hallaba tranquila; pero no era feliz. Unos pocos intrigantes aduladores, especulando con la honrada sencillez y bondad de los españoles, se engrandecian con la decadencia general, teniendo á la nacion adormecida con las ilusiones de sus antiguas glorias. El príncipe que á la sazon empuñaba el cetro, si bien estaba animado de buenas intenciones, la debilidad de su carácter y la cortedad de sus talentos le hacian incapaz de llevar la España á su prosperidad y ventura. La caza y los juegos eran su pasion dominante, y las frivolidades ó agudezas de un bufon su libro de política. El favoritismo se apoderó del trono, la corte se convirtió en un conciliábulo de intrigantes y ambiciosos; y la masa general del pueblo, tomando el ejemplo de los magnates, se vió pronto sumergida en la ignorancia mas profunda: ignorancia que no pudieran disipar algunos talentos ilustrados de aquella época á pesar de sus nobles y generosos esfuerzos.

Pero un suceso grande y terrible, que será siempre un monumento glorioso en la historia de la civilizacion moderna, vino á despertar á la España de su profundo letargo. El gigante del siglo, el terrible Napoleon, quiso dominar á la España como lo hizo con otros pueblos; pero la España se acordó de que habia sido en otro tiempo la señora del mundo, y quiso demostrarlo así á la Europa entera que la miraba con lástima y espanto. Napoleon creyó que en el suelo español todo eran rosas; pero como dice oportunamente un inspirado poeta de nuestros dias, entre sus flores encontró hojas de espadas y puñales. España permitió que un ambicioso guerrero introdujese sus estandartes en su suelo; pero fué para tener la gloria de vencer á un *valiente*. La Europa

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación